

# Mr. BONSAI: Veinte Años Después

por  
**HERMINIO PORTELL VILA**

EN 1938 un joven norteamericano a quien su educación y la tradición familiar parecían inclinar hacia la diplomacia; pero que todavía no había abrazado esa carrera, sino que había estado trabajando para la International Telephone Co., al servicio de cuya subsidiaria, la Cuban Telephone Co., había estado en La Habana, juró en esta capital su cargo de vicescámbulo de los Estados Unidos y aquí ingresó en la representación diplomática y consular de los Estados Unidos. Pocos meses después, aún en La Habana, le llegó su primer ascenso: secretario de embajada de tercera clase... y en 1939 se alejó de Cuba para ir a trabajar directamente en la cancillería del Potomac. Ahora regresa, después de veinte años, como embajador y enviado extraordinario de los Estados Unidos ante el Gobierno Revolucionario de la República de Cuba.

S. E. el Sr. Philip Wilson Bonsal, quien dentro de pocos días asumirá sus funciones como embajador norteamericano en Cuba, nació en Nueva York, en 1903, y no cumplirá sus cincuenta y seis años hasta mayo próximo. Su educación primaria la recibió en el Instituto Sillig, Suiza, a orillas del lago de Ginebra, que ya por entonces tenía fama como escuela preparatoria. Muy naturalmente, aparte del inglés, la lengua materna, el joven Bonsal adquirió el conocimiento del francés y bastante del alemán y el italiano; pero con esa temprana preparación en idiomas, el español le resultó fácil. Además, su padre, el periodista y diplomático Stephen Bonsal, era consumado poliglota e insistía en que su hijo debía serlo también. Stephen Bonsal le había dado la vuelta al mundo como corresponsal de guerra del "Herald", de Nueva York, en la época dorada de J. G. Bennett, cuando los cubanos nos debatíamos en el último esfuerzo libertador contra España, y había escrito dos libros sobre Cuba, uno "The real condition of Cuba", que no se ajustaba del todo a la realidad de la situación imperante en nuestro país, y otro, "The Fight for Santiago", en el que describió como testigo ocular la expedición norteamericana a la parte oriental de Cuba, la batalla naval frente a Santiago de Cuba y la campaña para la toma de esa ciudad por el ejército que mandaba Shafter y en el que figuraban los famosos "rough riders", de Theodore Roosevelt, unidos a nuestros mambises, mandados por Calixto García. Poco antes de su fallecimiento publicó su obra sobre la ayuda de Francia en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos aunque sin acertar a ver, en común con la inmensa mayoría de los historiadores norteamericanos, la ayuda valiosa que Cuba prestó a las Tres Colonias en esa misma época. Mr. Bonsal, Sr., desempeñó importantes misiones diplomáticas de los Estados Unidos, una de ellas en la época crítica de las relaciones con la Revolución mexicana, en la que necesitó de todo su tacto y sus conocimientos para salir adelante.

Con todos esos antecedentes personales y con tan cuidadosa preparación, que incluía estudios en la Universidad de Yale, la carrera



"La carrera de Mr. Bonsal, Jr. ha sido brillante..."

de Mr. Bonsal, Jr., ha sido brillante, aunque sin llegar a lo espectacular que más de una vez ha desembocado en el fracaso, cuando los ascensos han sido debidos a circunstancias fortuitas, a influencias políticas o personales o a recompensas por servicios de otro carácter, como a veces ocurre en la diplomacia de las grandes y de las pequeñas naciones.

Cuando Mr. Bonsal fue trasladado a la Cancillería, desde La Habana, en 1939, trabajó en la División de las Repúblicas Americanas, como le correspondía por su experiencia y por lo que se esperaba de él, y al año siguiente era director interino de la misma y luego lo fue, en propiedad, por espacio de dos años, en aquellos años en que Batista se presentaba como presidente constitucional, elegido por varios partidos, entre ellos, el de los comunistas, quienes llegaron a tener ministros en el gobierno de Batista y disfrutaron de sus favores para el control del movimiento obrero. Fue en esa época que Fernández Conchoso, embajador en Washington, fue acreditado por Batista como ministro en la Unión Soviética, lo que dio lugar al intercambio secreto de cartas entre Stalin y Batista, que el título de Rivero Agüero ha tratado de

negar en uno de los capítulos de su libro de propaganda electoral, dedicado enteramente a contestar todos los artículos míos, publicados en BOHEMIA a lo largo de muchos años, contra el tirano sanguinario y rapaz que ahora está de bracet en la República Dominicana con Trujillo y con Perón. Lo más curioso de todo esto es la colaboración de Batista con los comunistas, es que los Estados Unidos, los comunistas y Batista, como si obrasen de acuerdo, después han tratado de negarlo, cuando todo el mundo y ellos mismos, muy especialmente, saben a qué atenerse respecto al particular.

El nuevo embajador, pues, a nadie tendrá que preguntarle estas cuestiones, ya que pasaron por sus manos las notas y los despachos de embajadores y cónsules de la época, acerca de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Cuando Mr. Bonsal fue de nuevo enviado al exterior ya era secretario de embajada de primera clase y casi enseguida quedó como encargado de negocios ad-interim, en Madrid, España, donde estuvo por espacio de tres años y pudo ver de cerca cómo el franquismo liquidaba sus compromisos con los nazis y con los fascistas y echaba tierra sobre sus amenazas de reconquistar "las colonias" de América y de la Malasia, mediante la destrucción de las "decadentes democracias", como decían los falangistas entusiasmados con el Eje Berlín-Roma-Tokyo.

En Washington, sin embargo, consideraron que ya Mr. Bonsal tenía suficiente experiencia en cuanto a las naciones de habla hispana, y a fines de agosto de 1948 lo trasladaron a Holanda con el merecido ascenso a consejero de embajada. Casi enseguida lo enviaron a París como uno de los principales asesores del embajador W. Averell Harriman, encargado de la Administración de Cooperación Económica con Europa, que ponía en marcha el Plan Marshall y el Plan Truman, los dos más efectivos esfuerzos norteamericanos para contener los avances del imperialismo comunista sobre la Europa Occidental, los mismos que al cabo de diez años les han permitido alcanzar prosperidad, estabilidad y seguridad a todos los países que van desde el Báltico hasta el mar Negro, pasando por los ribereños del Atlántico y del Mediterráneo, en el Viejo Mundo. Mr. Harriman, hombre de confianza del presidente F. D. Roosevelt y del presidente Truman en importantes puestos diplomáticos, acaba de cesar como gobernador del Estado de Nueva York, derrotado por Nelson Rockefeller en las últimas elecciones norteamericanas. Junto a Mr. Harriman, en la que quizá si era la principal misión diplomática en el mundo entero, y luego, como ministro-consejero en la Embajada de los Estados Unidos en París, Mr. Bonsal pudo adquirir y, efectivamente, adquirió, gran experiencia y preparación sobre los grandes problemas de la "guerra fría", acerca del comandante supremo de

los ejércitos del Pacto del Atlántico del Norte, el general Dwight D. Eisenhower, quien poco después llegaría a la presidencia de los Estados Unidos.

La rotación del personal especializado y del cual se esperan servicios extraordinarios, hizo que el diplomático Philip W. Bonsal regresara a Washington, en 1951, con otro destino. Sabía todo lo referente a la América Latina y a Europa; pero tenía que prepararse en lo tocante a los problemas de Asia. Nombrado director de la Oficina de Asuntos de Filipinas y del Sudeste de Asia, en el Departamento de Estado, allí tuvo a su cargo todo lo relativo al Pacto del Sudeste de Asia, las decisiones acerca de Indochina, de Formosa, de Japón, de la incierta política seguida por Indonesia, etc.

En 1955 llegó la oportunidad de elevar a Mr. Bonsal al rango de embajador y de asignarle un puesto de gran responsabilidad, a tono con la cuidadosa preparación que había adquirido y con sus condiciones personales. Hacía varios años que la República de Colombia se debatía en una espantosa guerra civil cuyo origen se remontaba a la división de los liberales, en 1948, con la cual los conservadores se habían adueñado del poder. Laureano Gómez, dictador implacable, había sido derribado por una revolución militar acaudillada por el general Gustavo Rojas Pinilla y éste y sus parciales habían prometido la restauración de las libertades, el gobierno honesto, la pacificación del país y la más cuidadosa dedicación al progreso y la prosperidad de Colombia. Rojas Pinilla, sin embargo, no tardó en convertirse en un dictador corrompido, rapaz y cruel, del cual el pueblo colombiano quería librarse. A Mr. Bonsal le correspondía la difícil tarea de lidiar con aquel generalote ensobrecido, que había hecho amigos en Washington entre los militares, durante su estancia en la capital norteamericana, y que ya no se limitaba a imponerse por la violencia a sus compatriotas, sino que también pretendía callar la prensa de los Estados Unidos, que le criticaba, y dictar normas de conducta política y social a los diplomáticos extranjeros.

Mr. Bonsal reanudó sus amistades con eminentes colombianos, como el hoy presidente Lleras Camargo, a quienes había conocido, a pesar de que estaban colocados, como todo el pueblo de Colombia, en la oposición, y cumplió sus funciones protocolares sin incorporarse al cortejo del dictador, que es el primer deber del embajador de una democracia y que no quiere practicar la intervención, ni disfrazada. Enseguida incurrió en las iras de Rojas Pinilla y de los suyos, quienes habían querido utilizarlo de modo que, por lo menos, pareciera que los Estados Unidos aprobaban los desmanes de la dictadura y la respaldaban. La actitud de Mr. Bonsal resultó grata a los demócratas colombianos y robusteció el prestigio de los Estados Unidos en ese país; pero Rojas Pinilla quiso librarse del embajador que no le convenía. No había una sola causal respetable de la cual pudiera agarrarse para pedir el traslado de

(Continúa en la Pág. 106)